

## El gobierno peronista 1973-1976. El Rodrigazo

Por Mario Wainfeld

Revista Unidos N° 01, mayo de 1983

Nuestra revista se ha propuesto la revisión, siquiera somera, de los hechos producidos durante el tercer gobierno peronista. Este artículo es el primer intento en ese sentido.

La historia reciente es un terreno en el que cuesta incursionar.

El observador no puede analizar con total desapego hechos frente a los cuales ha tomado posición; si al revisarlos la mantiene, el lector (o aun su conciencia) puede imputarle tozudez o afán de autojustificación. Si la cambia, cualquiera de los dos interlocutores puede culparlo de diletante. Además, muchos de los protagonistas siguen vivos y actuando. La crítica, aun bien intencionada, puede herirlos, o producir divisiones o suspicacias.

De todos modos, el esfuerzo debe intentarse. Los aciertos y fracasos del tercer gobierno peronista deben ser tenidos en cuenta para el futuro. No es posible aceptar "la historia negra" tejida por los órganos oficiales, pero tampoco puede caerse –como sucede actualmente– en explicar y aún justificar al último gobierno popular en función de la desastrosa gestión del régimen que nos gobernó desde 1976.

El gobierno peronista debe analizarse parangonándolo con sus objetivos propios y no comparándolo con una horda de vándalos. El peronismo debe demostrar ser apto para reconstituir la comunidad nacional, y no meramente ser superior a un régimen esencialmente depredador.

Tampoco debe frenarnos el temor a recrear enfrentamientos. Los antagonismos políticos son de fondo o no lo son. Si el peronismo tuvo conflictos tácticos debe superarlos analizándolos y no acallándolos. El silencio no es solución, ni siquiera es olvido. Si los conflictos son de fondo, existe aún mayor razón para ventilarlos.

Para empezar esta serie de notas hemos elegido como hecho central la fulgurante actuación de Celestino Rodrigo. Desde luego, el análisis no se ceñirá a los 40 días en los que Rodrigo fue Ministro de Economía. Creemos que los fenómenos ocurridos en el seno del movimiento peronista, que hicieron eclosión en junio y julio de 1975 deben ser revisados y repensados. Nos pareció útil empezar estos escritos con hechos producidos tras la muerte de Perón por tratarse de una situación que tiene más similitud con la que estamos viviendo.

El "rodrigazo" en realidad será pretexto para bosquejar algunas líneas sobre el "lopezrreguismo", y el rol de las asociaciones intermedias, en especial la CGT. No prescindiremos de la crónica por dos razones: 1) quienes hemos vivido los hechos, bien podemos haberlos olvidado, total o parcialmente, 2) existe en nuestro país una generación que ya ha dado sangre por la Patria, y a la que nunca se le ha relatado su historia reciente. No hemos de ser nosotros quienes reincidamos en esa actitud.

## EL PACTO SOCIAL

El llamado "Pacto Social" de 1973 fue, sin duda, una de las más relevantes y coherentes medidas del tercer gobierno peronista.

La concertación de un plan económico de coyuntura, entre centrales representativas de trabajadores y empresarios, es congruente con la idea peronista de comunidad organizada y con el accionar desplegado por el peronismo respecto de los llamados grupos intermedios. El peronismo, en sus dos primeros gobiernos (como correlato fiel de su doctrina) promovió y facilitó el desarrollo de esos grupos. Las organizaciones libres del pueblo fueron no sólo reconocidas sino además impulsadas. Los sindicatos de trabajadores, las centrales empresarias, los colegios de profesionales, las asociaciones vecinales, cooperativas de fomento, etc., fueron objeto de atención y estímulo. Con menos retórica, fueron apuntaladas, propiciadas, y a veces hasta creadas por el propio gobierno, quien además les reconoció personería, les atribuyó facultades para captar y disponer recursos, les otorgó protección legal.

En muchos casos se trató de un afecto no correspondido.

Tras la caída del peronismo en 1955 muchos grupos, asociaciones y colegios siguieron funcionando, pero sólo propiciaron la reivindicación sectorial; no buscaron insertarse en un proyecto nacional. La mayoría de ellos se enroló en las filas del antiperonismo.

El movimiento obrero organizado fue el único sector que a partir de 1955, y más allá de las alternativas coyunturales, se definió siempre como peronista. Determinar por qué no tuvieron proporcional crecimiento y desarrollo las demás organizaciones libres del pueblo, excede el marco de este trabajo. Apenas intentaremos un proyecto de explicación diferenciando a la clase trabajadora y a la clase media.

La clase trabajadora aceptó el proyecto peronista, y de ahí que fuera desde siempre columna vertebral del movimiento. Si en su seno no perduraron sólidamente otras formas de representación, distintas a la sindical (vecinales, sociedades de fomento, etc.), puede atribuirse a tres razones: a) el proceso inmigratorio interno, las modificaciones en las pautas laborales y el nivel de vida producidos en la primera etapa del peronismo variaron súbitamente las relaciones personales y sociales de la mayoría de los trabajadores. Al modificarse su organización familiar, su hábitat, su ecosistema en general, los trabajadores quizá no tuvieron tiempo material de desarrollar relaciones. lealtades, etc., que sirven de substrato natural a cualquier grupo intermedio; b) durante los dos primeros gobiernos peronistas el accionar estatal fue lo suficientemente intenso y tuitivo como para no "forzar" la necesidad de formación de grupos reivindicativos. Los grupos sociales constituyen una realidad pero son al menos en parte hijos de la necesidad. Paradójicamente, el accionar de los primeros gobiernos peronistas –al beneficiar sectores postergados– hizo menos imperiosa su organización; c) los gobiernos posteriores a 1955 agredieron por todos los medios a las asociaciones libres del pueblo. Los sindicatos sobrevivieron por ser más poderosos, los restantes no tuvieron viabilidad y, en su gran mayoría, sucumbieron.

Para sectores importantes de la clase media y empresarios, la explicación es preponderantemente ideológica. Estos sectores tienden a rechazar toda forma de agrupación sectorial, aun las que los benefician, y sus integrantes gustan de sentirse individualistas. Les falta capacidad para establecer lazos de solidaridad. El "establishment" desarrolla una pertinaz prédica ideológica en ese sentido, y el "medio pelo" es una de sus víctimas más complacientes.

De esta manera, en nuestra cultura oficial aparece como un valor aceptado la vergüenza de tener intereses sectoriales. Es inusual que la misma expresión no vaya precedida de algún adjetivo descalificador (espurios, subalternos, intereses sectoriales, etc.). Tan es así que cualquier grupo de interés que planea reivindicación se siente obligado, al hacerla pública, a aludir al bien común. Entre nosotros, los aumentos de precios no parecen defender al vendedor (lo que es lícito) sino al usuario (lo que estaría bien si no se tratase de una hipocresía).

Los ejes fundamentales de esta vertiente del "meloneo" cultural, son dos. Por un lado un falaz nacionalismo (muy caro a las fuerzas armadas) que se basa en el absurdo razonamiento de que la unidad nacional suprime de hecho todo conflicto.

sí, por ser argentinos, no tendrían antagonismos de intereses los empresarios y los trabajadores, los comerciantes y los consumidores, los viñateros de San Juan y los de Mendoza, los industriales y los ganaderos, los fabricantes de cigarrillos y Lalcec, etc.

La realidad es por cierto más rica en alternativas y, por ende, más difícil de manejar. Dentro de la Nación coexisten grupos de intereses diversos y a menudo antagónicos. Esos grupos pueden, empero, amalgamarse en unidad nacional en la medida en que sus antagonismos no determinen la inmediata destrucción de otro.

El otro eje fundante de este meloneo es el horror al "corporativismo" que se plasmaría de aceptarse el funcionamiento de los grupos intermedios.

Es cierto que el corporativismo no puede implementarse en la Argentina del Siglo XX, pues, como decía Jauretche, no se aviene con una sociedad en desarrollo y crecimiento, sino con una sociedad consolidada y satisfecha de sí misma. De ahí que su ejemplo histórico más feliz sea la Edad Media Europea. El peronismo, por ende, no pudo ser y no fue corporativista.

En una sociedad, y en un mundo, en constante cambio, el corporativismo que comporta un número determinado e inmutable de los grupos representativos, no puede ser una forma eficaz de organización social. Perón creía —y lo dijo hasta el cansancio— que la evolución histórica y el cambio social eran inevitables, y que el accionar político no podía ignorarlos ni evitarlos, apenas encarrillarlos, o como solía decir el general, "encaballarse" en ellos.

En verdad, la aclaración es algo ociosa: el ataque al corporativismo busca en realidad agredir a genuinas formas de representación social que existen en el proyecto peronista, y que, de hecho, también han sido impuestas por la realidad en las más desarrolladas democracias liberales como la de los Estados Unidos —en la que los grupos de presión, y su vinculación con el poder político, están institucionalizados a través de los "lobbies"— o los de Francia, a través del Consejo Económico Social, o el sindicalismo, en todos los regímenes capitalistas europeos.

## LOS FIRMANTES DEL PACTO SOCIAL

Queda dicho, pues, que para el peronismo los grupos sociales representativos están sujetos a los vaivenes de la evolución histórica, y no tienen por ende vigencia eterna. Esta salvedad no es tan obvia como parece: en su momento, y aún hoy, se afirmó que el pacto social entre trabajadores y empresarios era la culminación histórica del peronismo, cuando en verdad era (nada más, pero nada menos) un medio idóneo de gobernar la nación en una etapa determinada.

Por cierto, los firmantes del Pacto Social, tenían distinta historia. La CGE fue creada durante el segundo gobierno peronista, pretendiendo agrupar al empresariado nacional. Más allá de la sigla, y de lealtades personales de algunos de sus miembros, lo cierto es que el empresariado desde 1955 no militó precisamente en las filas del peronismo. El triunfo electoral del 11 de marzo de 1973 determina que muchos empresarios vayan a engrosar las menudas filas de la CGE. Son flores de un día. Ya en vida de Perón comienza el sabotaje a la política que ellos mismos habían concertado. Muerto Perón, pasarán a la oposición, y producirán, sumándose a los grupos golpistas, un hecho inédito en la Argentina: el lock-out del 16 de febrero de 1976.

Estos mismos empresarios, quienes contrariando el consejo del Viejo Vizcacha siempre olvidan donde comen, aplaudirán a Martínez de Hoz, se convertirán de productores en importadores, y luego en quebrados, sin darse cuenta y sin oponerse. Carentes aún de conciencia de clase, se dejarán destruir, sin siquiera defenderse.

El empresariado, pues, es "invitado" a concertar el pacto social sin una trayectoria histórica que lo avalara. Perón les dio la oportunidad de integrarse al movimiento y al Proyecto Nacional; ya se vio como fue correspondido.

Huelga aclarar que esta evaluación posterior a los hechos no invalida la racionalidad y sensatez de la medida. En 1973 era imprescindible formar un frente nacional sólido, inimaginable sin el concurso de los empresarios. El interés resguardado era el de la comunidad y el de los propios sectores empresarios. Perón entendió esos intereses mucho mejor que los interesados.

Si hubiera que sintetizar la tragedia del período que va desde el regreso de Perón, en noviembre de 1972, hasta su muerte, bastaría decir que Perón advirtió que sólo una sólida unión nacional de sectores, tendencias internas, partidos, etc. nos salvaría del desastre, y que –al mismo tiempo– la mayoría de los integrantes de la comunidad –aún los que apoyábamos y creíamos en Perón– nos desgastábamos y debilitábamos en luchas internas mientras el enemigo se preparaba para destruir a tirios y troyanos. La actitud del empresariado es un claro ejemplo en ese sentido.

## EL SINDICALISMO

La CGT llega al Pacto Social por una huella menos zigzagueante. Para el peronismo, los sindicatos no deben limitarse al accionar meramente reivindicativo. Este principio doctrinario se vio plasmado a través de la siguiente solución: 1) Desde 1943 hasta 1955 el sindicalismo se organiza, se consolida y se integra al movimiento peronista. 2) Durante ese mismo período, y aún en el comprendido entre 1955 y 1973, los representantes obreros asumen cargos dentro del aparato político tradicional (diputados, senadores, diplomáticos, etc.). En 1962 un candidato obre-

ro peronista (Andrés Framini) es electo gobernador de la Provincia de Buenos Aires. En 1973 los trabajadores tienen asegurada una parte de las bancas parlamentarias y candidaturas provinciales en la lista del Frejuli. 3) En 1973 la CGT coparticipa en la concreción de un Pacto Social, es decir en un plan coyuntural de gobierno. Cada una de estas etapas constituye un avance cualitativo respecto de la anterior, y revela un concreto crecimiento del Poder Sindical. Una etapa ulterior y superior sería la intervención hegemónica de los trabajadores en un acuerdo de unión nacional como la Moncloa española o el "punto fijo" venezolano. Ciertamente este crecimiento conllevó el riesgo de la pérdida de combatividad y la inserción en el sistema ("participacionismo", "vandonismo"). También es verdad que el rol asumido al concertar el Pacto Social es mucho más complejo que los anteriores. Hasta ahí la CGT, en cuanto tal, actuaba como representación sectorial: quienes asumían cargos públicos no comprometían su funcionamiento. Desde el año 1973 la CGT tiene que aceptar un rol bifronte: ser una representación sectorial, y a la vez cogobernar.

El Pacto Social no se firmó en un país que había alcanzado un razonable clima de convivencia. Mientras el peronismo intentaba gobernar, jaqueado por propios y ajenos, el país asistía a una lucha interna feroz y desgastante.

Esa lucha determinó un sustancial cambio en la distribución de cargos públicos. Todas las tendencias y todos los sectores del peronismo y del Frejuli recibieron cargos públicos (no todos fueron cedidos por necesidad; algunos lo fueron por falta de fuerza o de proyecto propio v.gr. la U.N.B.A.). La unidad nacional que proclamó Perón no era retórica: se vio plasmada a la hora de "repartir el queso". La acción centrífuga de la lucha interna tendió a concentrar ese poder que Perón quiso distribuido. Los principales beneficiarios de esa concentración fueron la CGT y lo que —desde entonces y quizá para siempre— se dio en llamar el lopezrreguismo. La CGT y el lopezrreguismo fueron, por acuerdo mutuo, los principales blancos de la ultrazquierda y del antiperonismo en general. De hecho, en este sentido, actuaron como aliados tácticos. Sin embargo, no era lógico identificarlos. No sabemos —ni pretendemos descifrar— si López Rega dependía de algún poder ajeno al Movimiento Peronista, o actuaba por cuenta propia. Este artículo procura una interpretación histórica basada en hechos fácilmente corroborables, y ése no lo es. Lo importante, en todo caso, es que López Rega era apenas un integrante del aparato político del peronismo. No representaba (ni vicariamente) a nadie. No había sido elegido por nadie, y a nadie debía rendir cuentas (como no fuera a la Nación en general, lo que en nuestra práctica política equivale a nada). Su crecimiento fue producto de la hábil explotación de las luchas internas del peronismo. El poder relativo que llegó a tener, y el apoyo que le brindaron algunos advenedizos, revela una grave carencia del peronismo: el movimiento político que recogió más del 62% de los votos concedió un tramo importante de poder a un individuo que a nadie representaba, que a nadie debía explicaciones, y cuyo aparato, como el cáncer, no razonaba ni creaba, pero crecía.

La CGT es, por definición, otra cosa. El poder sindical no es en sí mismo algo nefasto como lo es siempre el de una camarilla. Antes bien, para el peronismo, la creciente transferencia del poder a los trabajadores es un objetivo estratégico.

Se podrá decir, como se hizo entonces, que la "burocracia sindical" no representaba a los trabajadores, que los sindicalistas reivindicaban un proyecto propio (bautizado por sus rivales como "la patria metalúrgica") antagónico al del peronismo.

Debatir la representatividad de los dirigentes sindicales no es el objeto de esta nota; para su desarrollo basta señalar que: 1) los dirigentes sindicales, más allá de su mayor o menor legitimidad específica, siempre tienen representados a quienes –en mayor o menor medida y según el desarrollo de su democracia interna– deben rendir cuentas. Esa es su diferencia esencial con cualquier camarilla política. 2) Siempre existió para el peronismo el riesgo de que sus dirigentes sindicales abjuraran de la lucha revolucionaria del movimiento, y se embretaran en un accionar sectorial, aceptando los mecanismos del sistema. Esta re inserción –sea a través de un partido político parlamentario obrero (seudo laborismo británico) o de un acercamiento o alianza con sectores militares habitualmente se designa "vandomismo"–. No importa –a los fines de esta nota– si Vandor fue o no "vandomista"; lo cierto es que el "vandomismo" existió y existe, y fue (y es) un riesgo para el peronismo. Es también verdad que el vandomismo tiene más posibilidades desde la oposición o desde el colaboracionismo que desde el gobierno.

## LOS HECHOS

El Pacto Social no establecía con precisión si durante el tercer gobierno peronista debían ser convocadas las comisiones paritarias. En realidad, coexistían en su texto disposiciones contradictorias: algunas sugerían que la ley 14.250 había recobrado plena vigencia, otras, que los precios y salarios serían fijados por la Gran Paritaria Nacional, es decir, por el acuerdo de CGT y CGE, lo que implicaba, al menos en este aspecto, que la ley 14.250 no debía aplicarse. Desde el punto de vista doctrinario, la cuestión era menos intrincada. La ley 14.250 había sido durante casi veinte años una concreta reivindicación de los trabajadores: era casi una inimaginable incoherencia que no se la aplicara durante un gobierno peronista.

La situación política práctica de la CGT determinaba también una clara respuesta. La CGT debía a sus representados una prueba de la vigencia de su capacidad reivindicativa. Si en las convenciones colectivas se discutían sólo condiciones de trabajo, y no salarios, sería muy difícil para los sindicatos demostrar a sus afiliados su representatividad.

Cuando sin cortapisa alguna fueron convocadas las convenciones colectivas de trabajo durante el gobierno de Isabel Perón, nadie se sorprendió. El 2 de junio de 1975 renuncia el Ministro de Economía, Alfredo Gómez Morales, y asume Celestino Rodrigo, hasta entonces oscuro funcionario del Ministerio de Bienestar Social. López Rega consigue así colocar un hombre de su confianza en un ministerio al que no había tenido acceso hasta entonces.

El 4 de junio Rodrigo anuncia un "paquete" de medidas que representan de hecho la conocida receta liberal para cualquiera de nuestras crisis: aumento de precios, devaluación del peso, incremento de tarifas; en general, lo que públicamente se llama una transferencia de recursos en detrimento de los asalariados, y un "sinceramiento de precios" (los precios para ser sinceros, parece que deben ser elevados).

El paquete se parece llamativamente a los que padecemos en abrumadora sucesión durante el "glorioso" proceso 1976–1983. La política sugerida por Rodrigo en su discurso no tiene siquiera un parentesco remoto con el peronismo, y es alabada por la prensa gorila y recibida con entusiasmo por los restantes sectores.

El plan Rodrigo fue acompañado por una bien pensada campaña de difusión. El propio discurso de Rodrigo se dividía en frases de aproximadamente 45 segundos. Eso permitió que esas frases fueran reiteradas entre round y round de una pelea de Monzón que se transmitió horas después, con la consiguiente difusión.

El "plan Rodrigo" era incompatible con las paritarias que se estaban celebrando y concluyendo. Esa política, y la ley 14.250, no podían ir de la mano: la homologación de las paritarias era un obstáculo para la transferencia de ingresos. Para la CGT el plan significaba un reto difícil de asumir, en función del doble rol mencionado antes. Aceptarlo significaba perjudicar a los trabajadores y avalar una política monetarista contraria al interés nacional. Objetarlo implicaba la necesidad de luchar contra un gobierno peronista y ser responsable de su consiguiente debilitamiento. Aceptar una solución de compromiso combinaba las dos dificultades.

El anecdotario de esos días revela la celeridad de los hechos y la confusión en que pueden haber incurrido sus protagonistas. El 24 de junio los metalúrgicos son convocados a la Plaza de Mayo para agradecer a Isabel la firma de su convenio colectivo. Isabel los saluda, junto a Lorenzo Miguel, y les dirige unas palabras. Inmediatamente Lorenzo Miguel parte hacia Ginebra para la conferencia de la OIT. Estos hechos parecen sugerir que los sindicalistas creían que los convenios serían homologados. Sin embargo, el 26 de junio, trasciende que Isabel había solicitado al Ministro de Trabajo José Otero que, en uso de las facultades que otorga la ley 14.250, no homologara los convenios laborales. La CGT convoca a un paro general y a una concentración en la Plaza de Mayo para los días 27 y 28 de junio. La movilización se realiza entonando consignas favorables a la presidente, y de duro hostigamiento a López Rega y Rodrigo. Obviamente no sólo asisten a la Plaza de Mayo sectores sindicales. La ultra izquierda montonera (aún no ilegalizada) y otros sectores ajenos al peronismo se infiltran y hacen sentir su presencia.

El 26 de junio Isabel no aparece en la Plaza de Mayo, y cita a los representantes sindicales para el día siguiente. Se ordena la desconcentración.

El 27 de junio en un diálogo que es televisado "en vivo", Isabel pide a los sindicalistas que resuman su posición, y manifiesta que hará conocer la suya en un discurso que pronuncia el 28 de junio.

En él fustiga duramente a los gremialistas, a los que acusa de no conocer la gravedad de la situación; alaba a "los amigos dispuestos al sacrificio de darlo todo por la patria", y —en sustancia— resuelve no homologar las paritarias y avalar el "plan Rodrigo".

La CGT persevera en su oposición y lanza un nuevo paro general para los días 7 y 8 de julio. El 6 de julio renuncia el gabinete en pleno. El 7 se cumple el paro. El 8 de julio al mediodía se levanta el paro ante el anuncio de homologación de las paritarias. El mismo día se aprueba en el Senado una nueva ley de afealdía, de resultados de la cual en caso de ausencia o incapacidad de

la presidente la supliría el presidente del Senado. Ese mismo día es electo para ese cargo Italo Argentino Luder.

El 11 de julio se acepta la renuncia de López Rega, quien el 19 de julio sale del país. Para entonces ya había sido aceptada la renuncia de Rodrigo.

El 13 de setiembre de 1975 Isabel solicita una licencia por razones de salud y Luder asume interinamente la presidencia.

El 17 de octubre Isabel reaparece en la Plaza de Mayo y el peronismo acude masivamente.

El 24 de marzo de 1976 es derrocado el gobierno peronista. Muchos dirigentes de la CGT apoyan a Isabel hasta último momento. Tanto ésta como aquellos son detenidos.

La cronología es por cierto escueta, pero pretende revelar varios hechos: a) el enfrentamiento entre el gobierno de Isabel y la CGT se desarrolló y resolvió en no más de un mes. La celeridad de los acontecimientos es relevante, pues puede explicar muchos errores y desajustes en las respectivas tomas de decisiones. b) la presión de la CGT determinó la derrota de los sectores lopezrreguistas infiltrados en el movimiento y en el gobierno, pero a la vez debilitó al último. c) la recomposición de la relación entre Isabel y los sectores peronistas que —objetivamente— la enfrentaron el 27 de junio, fue rápida: el 17 de octubre Isabel pudo convocar al pueblo a la Plaza de Mayo. d) la caída del peronismo significó sanciones personales para Isabel y para los dirigentes de la CGT. López Rega y sus adláteres no padecieron castigos.

La reseña de los hechos, y su marco presupone algunas conclusiones:

1) La CGT no cumplió eficazmente su doble rol. Demostró poseer poder de veto, que es utilísimo para desempeñarse en la oposición, pero sólo un accesorio cuando se quiere gobernar. Si la CGT hubiera parado el 26 de junio y el 7 de julio contra un gobierno enemigo, habría obtenido un triunfo político. Pero como se enfrentó a un gobierno peronista el resultado no fue tan lucido. En el aspecto reivindicativo sectorial los logros fueron muy parciales. No se reemplazó el plan Rodrigo por uno alternativo. Simplemente se "transó" en homologar las paritarias, dejando en vigencia las demás medidas propugnadas por el Ministro de Economía. De esa forma, mientras muchos trabajadores recibieron aumentos de salarios que superaban el 50 por ciento de precios que había determinado Rodrigo (p. ej. los de la UOM), para muchos otros, los aumentos fueron inferiores a esa cifra, lo que implicaba una merma de sus ingresos reales. Si analizamos los logros reivindicativos a largo plazo, convendremos en que fueron aún menores. Las paritarias fueron homologadas, pero, desde entonces y hasta ahora, nunca más fueron convocadas. El otro rol, lisa y llanamente, no fue asumido. En realidad la CGT no cogobernó. Siguió, por un fenómeno de inercia política, apegada a los mecanismos funcionales que había desplegado desde 1945, y en especial desde 1955. Esto es, actuando desde afuera (y habitualmente en contra) del gobierno.

El "modus operandi" de la CGT a partir de 1955 era bastante más simple que el que se le imponía en 1973, y que volverá a imponérsele en el próximo gobierno peronista. Durante años la CGT actuó al mismo tiempo como ente gremial y en la oposición. Su relación con los gobiernos de turno podía encasillarse dentro de lo que los politicólogos llaman un juego de "suma cero": todo lo que un contrincante gana, necesariamente es perdido por el otro. Todo triunfo gremial

de la CGT era a la vez un triunfo político propio y una derrota política del gobierno. Toda reivindicación obtenida era una victoria; todas las rechazadas podían ser atribuidas a la perfidia del enemigo.

La CGT se ubicaba entonces fuera del aparato estatal, sin responsabilidad en cuanto a la conducción de la Nación, y en un rol contestatario. Actuaba básicamente por reacción. Jugaba "de contragolpe".

La CGT, obligada por las circunstancias, desempeñaba el rol al que el "establishment" deseaba condenarla: cuando la lucha popular determinó que ese rol cambiase, no pudo hacerlo. Quizá no hubo tiempo material para que sus cuadros se adecuasen a un nuevo funcionamiento. Lo cierto es que, como vino sucediendo desde 1943, los mayores logros obtenidos por los sindicatos surgieron de iniciativas del aparato político, especialmente de la conducción, y no del sindical. Esto es, históricamente, de la propia organización sindical, de las leyes previsionales, del aguinaldo, de las leyes de asociaciones profesionales sancionadas por el segundo y el tercer gobierno peronista, y de la ley de contrato de Trabajo.

Es que, con toda lógica, la conducción estratégica del Movimiento Nacional siempre estuvo en manos de Perón. Muerto éste, correspondía a toda la Nación la determinación del Proyecto Nacional y su implementación, y a la CGT un rol hegemónico con miras a ese fin.

Esa, es una razonable lectura del discurso que Perón pronunciara ante el Parlamento el 10 de mayo de 1974.

Entre 1973 y 1976 la CGT no pudo concretar el cambio y avance cualitativos que imponían las circunstancias. No logró cogobernar, no se integró a la conducción, no hizo aportes significativos para la concreción del Proyecto Nacional.

Una aclaración casi innecesaria: nadie, a excepción de Perón hizo aportes en ese sentido, ni desde el peronismo ni desde otro sector. Otra aclaración: hasta tanto la CGT no los haga, no conseguirá ser la organización libre del pueblo que el peronismo necesita para gobernar el país.

2) La CGT no contribuyó al desarrollo del proyecto nacional, pero tampoco tuvo uno propio. No hubo "Patria Metalúrgica". Como consecuencia de un fenómeno de dinámica política, y no en cumplimiento de una estrategia propia, la CGT colocó hombres en cargos públicos: había espacios vacíos, y se ocupaban. La CGT nunca tuvo estrategia propia, sólo desplegó tácticas en busca de espacio.

De hecho, muchos de los dirigentes que la CGT "colocó" hicieron un juego político propio, independiente, y a veces opuesto al de aquélla.

3) La CGT se expresó siempre dentro del peronismo. La movilización del 26 y 27 de junio procuró diferenciar a Isabel de sus colaboradores (tal como se hacía durante la Colonia: "viva el Rey y muera el mal gobierno"). Pero inevitablemente la derrota de Rodrigo restó poder a Isabel. Los empresarios, en cambio, se apartaron rápidamente del peronismo, y lo atacaron "desde afuera". La CGT fue nuevamente la única organización sectorial que permaneció "dentro" del oficialismo, siendo derrotada junto con él.

Las centrales obrera y empresaria tuvieron distintas actitudes con el peronismo, pero recibieron del gobierno militar de 1976 similar trato: fueron disueltas. Es innegable que al poder oligárquico le desagradan los grupos representativos, aun los que defecionan. Constituyen un reto y un peligro que desean evitar.

4) La eficacia y calidad de los dirigentes sindicales puede variar pero no extinguir la representatividad objetiva de la CGT, que es un dato innegable de la realidad argentina. "Todo el país" se oponía a López Rega. Para derrotarlo hizo falta (y bastó) que la CGT lo enfrentara frontalmente. Quizá lo decidió tarde, pero lo hizo y con éxito. El poder de una organización representativa quedó probado incuestionablemente.

5) Isabel Perón se equivocó al apoyar a Rodrigo. Ese error no la define ni la descalifica como gobernante: todos se equivocan alguna vez.

Sí la define el hecho de haber aceptado una movilización que criticaba a su ministro sin haberla reprimido, haber recibido a los dirigentes obreros y, en definitiva, haber depuesto su actitud. Esos actos inimaginables en la Argentina de hoy eran posibles para una gobernante representativa.

6) Desde el punto de vista táctico los hechos que hemos reseñado significaron una derrota para la CGT y para el gobierno peronista. Un año después de producidos estos espectaculares acontecimientos, el peronismo no gobernaba y nadie los recordaba. Isabel y muchos de los dirigentes sindicales que no traicionaron al peronismo estaban presos.

El antagonismo interno debilitó al peronismo, pero paralelamente demostró su capacidad de recomposición: el 17 de octubre de 1975 y el proceso 1976/1983 lo probaron acabadamente.

En su tercer gobierno el peronismo debió enfrentar dos veces una experiencia inédita: ser atacado en el escenario de sus grandes movilizaciones (la Plaza de Mayo) durante actos partidarios. Así sucedió el 1° de mayo de 1974 y el 26 de junio de 1975. En ninguno de los dos casos los manifestantes fueron agredidos ni reprimidos. En ambos casos la conducción fijó su posición sin necesidad de atacar físicamente a sus rivales, y reveló muy pronto que conservaba su capacidad de movilización, una vez superado el conflicto; Perón se despidió de su pueblo con su hermoso y brillante discurso del 12 de junio de 1974, e Isabel volvió al balcón el 17 de octubre de 1975. Por cierto, el 12 de junio la "tendencia" no apareció: estaba fuera del movimiento. Los sindicatos sí estuvieron presentes el 17 de octubre de 1975. Su lucha se desarrolló dentro del movimiento.

Ese hecho prefigura lo que podría ser la conclusión general: en estos tiempos ha surgido un enorme (esperemos que duradero) fervor democrático en la Argentina. Lamentablemente, es dable advertir que se suele llamar democracia a ejercicios políticos menores tales como la elección de candidatos en elecciones internas. Nunca como hoy las "internas" argentinas se parecieron tanto a las norteamericanas: no se debaten ideas, ni programas, ni aún planes de coyuntura. Sólo se perfilan candidatos.

Que esta actividad menor sea saludada como ejemplo de convivencia constituye, cuando menos, una exageración. Hay democracia cuando es posible exponer intereses, y defenderlos.

Los acontecimientos de junio y julio de 1975 demostraron la enorme capacidad del peronismo para expresar intereses antagónicos y su enorme tolerancia con el disenso. Hechos posteriores revelarían su aptitud para cicatrizar las heridas consecuencia de un enfrentamiento interno. Son estas capacidades, nada desdeñables, que deben ser reconocidas y evaluadas seriamente. Se demostró en los hechos algo que siempre se dijo: el peronismo tiene anticuerpos para liberarse de infiltrados.

Esa verdad no debe oscurecer otra verdad simétrica: la existencia de infiltrados, peculiarmente en el gobierno, fue consecuencia de una grave carencia política.

Los sucesos que venimos de analizar fueron en cambio un cabal episodio democrático. Un grupo representativo pudo hacer conocer su opinión contraria a la del gobierno, movilizar sus dirigidos, hacer huelga, ocupar la Plaza de Mayo, hablar cara a cara con la Presidente. Esta decidió desoírlo y el grupo pudo, pese a ello, seguir acudiendo a la acción directa y a la lucha política. El gobierno, en definitiva, revió su actitud.

Si existió el lopezrreguismo fue porque una facción carente de experiencia y de base social, y con el solo patrimonio de la voluntad de poder, se apropió de roles conductivos que fueron dejados vacantes por quienes –por su representatividad– tenían el deber de asumirlos. En la medida en que los dirigentes auténticamente representativos no asuman la responsabilidad de conducir el movimiento, el fenómeno puede reiterarse.

Sería trágico que –como en 1973/1976– el peronismo demostrase su representatividad, su capacidad de movilización, su profunda vocación democrática y, pese a ello, no lograse avanzar hacia sus objetivos estratégicos.

Las virtudes del peronismo deben demostrarse en el que debe ser su terreno: el de conducir la Nación. Ser el eje de la oposición, recuperar el gobierno, son meros preparativos para el Movimiento que se ha propuesto como metas la felicidad del pueblo y la grandeza de la Nación